



CIUDADES: TRADICIÓN Y EVOLUCIÓN

Joaquín Díaz

Etnógrafo

DE PUEBLO A CIUDAD

La historia, y en particular la historia de las ciudades, es lo suficientemente compleja y distante como para ofrecer serias dificultades a quien quiera analizar desde su propia mentalidad otras épocas y actitudes. Comprender costumbres o hábitos de otras personas y otros períodos con la exclusiva perspectiva que nos da el estadio en que nos encontramos es una endeble garantía. Si hubiésemos de destacar, sin embargo, algún período histórico en el que los cambios en los usos y costumbres urbanos son tan nítidos y tan destacados que apenas permiten discusión, ese período sería el siglo XIX, “que blasona de libre y de sabio, que se niega a reconocer autoridad alguna y que se irrita o se mofa cuando se le hace frente”, según observaba atinadamente Mesonero Romanos en una edición de sus *Escenas matritenses*. Es probablemente también el siglo XIX el período en que culmina el proceso de transformación por el cual algunas ciudades dejan de ser grandes poblaciones, con costumbres y usos todavía rurales, para convertirse en núcleos densamente habitados con un especial interés por el progreso y un dinamismo envolvente. Quedan, en cualquier caso —aunque ya con características propiamente urbanas—, fiestas como el Corpus o el Carnaval, con origen y desarrollo histórico comunes en campo y ciudad. En el Corpus, por ejemplo, se trata de mantener el esplendor de pasadas épocas y a tal fin el municipio ordena enarenar las calles, colocar toldos en las vías estrechas que protejan el paso de la custodia, contratar grupos de teatro y danza (algunos de ellos rurales —hortelanos, paloteo, etc.—), tener siempre en buenas

condiciones los cuatro gigantones que representando a las cuatro partes del mundo vendrían a rendir pleitesía al Rey de Reyes, etc., etc. En el Carnaval, se acentúa el uso de las máscaras —que, según la época son de mosquetero, de Felipe IV, de moro, de chino, de turco, de hechicera, de gitana, de aldeana, de cantinera, de polaca, etc.— y van abundando más los bailes de salón que los de candil, prefiriendo la población (según las posibilidades económicas, claro) el acceso a los lugares preparados al efecto, donde se prohibía fumar y llevar bebidas y donde un bastonero dirigía las evoluciones de los danzantes. Los gacetilleros y personas amantes de la “policía” o educación urbana abogan una y otra vez por la desaparición de costumbres rurales que parecen bárbaras para una ciudad moderna y amante del progreso. Así, piden a la autoridad que se supriman algunas bromas de Carnaval como las “pegas”, con las que se ensuciaban los trajes de yeso o de barro, y aceptan a duras penas tradiciones como la de San Antón que solía servir para organizar carreras de caballos y mulos por las calles de la ciudad, dando todos los animales varias vueltas alrededor de la iglesia dedicada al santo. Sin embargo, casi todas las fiestas religiosas o profanas que se celebran en el ciclo anual ciudadano están hablando de su origen rural, aunque se las disfrace de elegancia y buenas maneras. Las romerías, las ferias de ganado, las conmemoraciones cívicas, oscilan entre el tinte rústico y el estiramiento burgués. Las fiestas patronales varían según la época del calendario en que la Iglesia tuviera emplazado al santo o santa cuya advocación se recordaba, pero las fiestas y ferias anuales todavía coinciden con ferias de ganado (lanar, caballar, bovino) de génesis rústica, siquiera algunos pabellones de maquinaria o de determinadas industrias comiencen a emular las importantes exposiciones de las grandes ciudades extranjeras, exposiciones que ya se denominan con mucha pompa “universales” y que, aparte curiosidades, combinaban inocencia infantil con estúpida presuntuosidad.

Distintas, pero de gran efecto eran las visitas reales, en las que un programa cuidadosamente preparado, trataba de convertir la ciudad durante unos días en una población alegre y agradecida a su soberano o soberana: arcos triunfales por donde pasaría la comitiva, música militar (bandas de regimientos militares que suben mucho en calidad y aceptación pública durante este siglo), fuegos artificiales, placas conmemorativas, etc. En caso de tratarse de alguna boda o nacimiento de un miembro de la familia real se organizaba en muchas ciudades de España un programa paralelo al que pudiera tenerse en Madrid, incluyendo entrega de herramientas a artesanos pobres, entrega de medios materiales a artistas sin recursos, adornos florales y cucañas en la plaza para diversión de todos.

Algunas fiestas estacionales, particularmente las de primavera, iniciaban el desarrollo de juegos florales, de carrozas engalanadas o de batallas de flores organizadas por sociedades artísticas, industriales o agrícolas, o por el propio municipio. La Semana Santa, por ejemplo, habiendo sido suprimidas casi por completo escenas como las protagonizadas por los cofrades de sangre que se flagelaban

públicamente, tiende a ofrecer un espectáculo más artificial, sustituyendo las capillas musicales por bandas militares y organizando las procesiones de forma más cuidadosa y ordenada. Siguen existiendo sin embargo costumbres como la de las tinieblas o la de disparar escopetas y cohetes el día del Sábado de Gloria. En el primer caso, y al igual que sucedía en casi todos los pueblos de la geografía española, los niños esperaban ansiosamente el momento en que se les permitiría “hacer ruido” con carracas y matracas tras haber escuchado pacientemente los salmos de rigor y haber visto extinguirse las quince velas del “tenebrario” que representaban a los doce apóstoles y las tres Marías.

En San Juan, fecha propicia del calendario para reunirse en torno a una hoguera y salir a los campos cercanos a recoger plantas de olor o medicinales, comienzan a predominar las fiestas musicales y las reuniones vecinales, llamadas “verbenas” en recuerdo de una de las especies más buscadas en siglos anteriores por los “sanjuaneros” en los campos. Todas esas hierbas servirían para colmar los tarros del boticario y del curandero, quienes, haciendo uso de unas artes u otras, buscaban la solución del mal con el mismo ahínco que la solución de sus economías.

Donde se ve con más nitidez el progreso y el cambio es en la comunicación, tanto si se considera el término en el sentido de intercambio de noticias como si se habla de desplazamiento de personas. En la primera acepción es notable la pugna despertada entre gacetilleros y ciegos por la primicia en la noticia y su influencia en el público; los ciegos, tradicionales distribuidores de la información, se ven atacados —en ocasiones con auténtica virulencia— por los periodistas y redactores de sucesos quienes consideraban al coplero ambulante un peligroso competidor, ya que no estaba sujeto a censura, era su propio vocero —con lo cual llegaba mucho antes al público— y además no le importaba si la noticia era reciente o no, ni siquiera si había sucedido en realidad. Los gacetilleros debían contrastar la noticia, entregarla a la censura para su visado y finalmente esperar al día siguiente a que se publicara. Su papel, sin embargo, iba más allá de la paciencia para soportar esos inconvenientes y entraba en el terreno de la educación ya que, entre otras cosas, se proponía la creación de una conciencia cívica y la implantación de un reinado de buenas costumbres. Que su esfuerzo fue baldío lo acredita el incesante martilleo de todos los periódicos de la época reiterando incansables: que los niños no jueguen a juegos violentos como la chirumba, el tirador o la honda; que los mozos no lancen la barra en los paseos públicos; que los mozalbetes no arrojen piedrecitas a las caras de los músicos de las bandas; que se acabe con las cencerradas; que los infantes que piden para la cruz de mayo “San Felipe y Santiago” no persigan a los transeúntes desprevenidos... Otras noticias hacen ver que también se pretendía que las nuevas costumbres no crearan picaresca suplementaria: en los mercados donde se vendía pescado del día debía vigilarse que los comerciantes no pintaran con sangre de novillo la mercancía para que

apareciese como si fuese “fresco”... Mesonero Romanos nos ofrece un catálogo de actos impropios de una urbe moderna:

“...los gritos de los vendedores, agudos y disonantes; el descoco de las naranjas; las ropas nada limpias puestas a secar en balcones y ventanas; los tocadores al sol en calles no muy retiradas; el humo de las hachas que acompañaron al Santísimo Viático, impreso a propósito en las paredes del portal: las rejas salientes que amenazan los hombros de los adultos y las cabezas de los chiquillos; las riñas de los aguadores en las fuentes por tomar vez para llenar; las carretadas de bueyes cargadas de carbón; las interminables filas de mulas conductoras de paja; los inevitables serones de los panaderos ecuestres; los muchachos que venden canela y suelen arrimarla al que no la solicita; los que salen en tropel de las aulas o convierten la calle en público anfiteatro imitando la corrida de toros; los fogosos caballos de la brillante carretela que se dirige al Prado; la eterna pesadez de los simones; la silenciosa embestida de los bombés facultativos y la vacilante dirección de los calesines...”.

Como se ve, tal panorama diurno convertía la ciudad en un campo de batalla que no cesaba al anochecer: luz escasa, delincuencia, borrachos, serenos, basuras amontonadas en las calles. Sólo la esperanza hace escribir al “Curioso Parlante” el siguiente párrafo:

“Libre ya, en fin, de los pasados sustos, y procurando hacerme superior a las encontradas impresiones, reflexioné las inmensas mejoras que el aspecto de nuestra capital ha tenido en pocos años: reconocí que ellas son la causa de la exigencia actual sobre los inconvenientes que aún observamos y cuyo remedio en un pueblo grande no es obra de un instante, y me dormí contento con la lisonjera perspectiva que el celo de las autoridades nos presenta, trabajando en hacerlas desaparecer de día en día”.

El periodista y el escritor de costumbres —en ocasiones vienen a ser la misma persona— tienen una importante misión cual es la de, en forma de admonición, servir de guías en la difícil tarea de conducir a la sociedad desde el pasado hasta el futuro. En esa tarea le pueden ayudar desde los bandos de buen gobierno para las ciudades que de vez en cuando promulgaban los alcaldes hasta los pliegos y aleluyas que publicaban “repertorios” de los peligros que amenazaban en las urbes. La imprenta Marés edita unos *Peligros de Madrid* en forma de aleluya que son adaptados poco después a la ciudad de Valladolid con un innumerable catálogo de advertencias que, en broma o en serio, ponían en guardia a cualquier persona sensata. Una de las circunstancias más irritantes que hacían peligrar la estabilidad física o psíquica de los habitantes de la urbe era el ruido; sin pretender llegar a la exageración que defiende la monotonía del ruido ciudadano del siglo XX frente al horrisono deambular de una carreta por el empedrado de un burgo medieval, el siglo XIX trajo con la actividad industrial voces y sonidos novedosos —algunos

francamente desagradables para los peatones pero también para los inquilinos de las casas— a los que varios autores costumbristas dedicaron su atención. Antonio Flores, uno de los mejores y más agudos escritores ochocentistas, se refería a los gritos de Madrid con estas palabras:

“Aquella voz débil, enfermiza y escasa con que la España de 1800 anunciaba su existencia en el mundo industrial y mercantil se ha convertido, no ya en una voz fuerte y robusta, sino en una gritería descompuesta y atronadora. El primer grito de esa orquesta diabólica es el que lanza la tierra, herida en sus entrañas por el incansable pico de los mineros, a cuyo eco lúgubre responde el atronador rodar de los carruajes, el látigo de los cocheros, las imprecaciones de los mayores, el silbido de la locomotora, los chillidos de la gente que huye atropellada y los ladridos de los perros que se apartan por no dejarse atropellar... A ese grito constante que ensordece la atmósfera se junta el murmullo de los logreros, las confidencias de los bolsistas, el continuo y desesperado vocear de los vendedores ambulantes, la campanilla chillona de los carros de la basura, la trompeta de las diligencias, el espeluznante arañar de las arpas, el chirrido de los organillos y cien ecos distintos que lanzan al aire, el martinete de los herreros, el tableteo de los molinos de chocolate y el áspero galopar de las incansables máquinas de vapor”.

Las máquinas son, precisamente, los elementos que más diferencian la ciudad moderna de la antigua: la llegada del ferrocarril, los tranvías, la transformación del calor en energía mecánica, todos los ingenios que el siglo XVIII había generado y puesto modestamente en funcionamiento, se convierten en las primeras décadas del XIX en orgullosa realidad que sacude la cultura, la economía y la sociedad urbanas. La electricidad, la fotografía, el teléfono y el periódico harían el resto.

EL PAPEL DE LA VIDA Y LA VIDA EN PAPEL

Hemos visto algunos de los aspectos en que la vida de las ciudades se comenzó a diferenciar de la de los pueblos, aunque en el fondo ese distanciamiento fuese más voluntarista que real. Sofía Tartilán, aguda y elegante escritora ochocentista, reflexiona acerca de los cambios que su siglo introdujo en la vida madrileña con estas palabras:

“Hoy, que el cosmopolitismo destruye las costumbres, como el barreno y la pólvora destruyen las barreras naturales que separaban a los pueblos, estas fiestas gráficas que tan al vivo retratan el carácter, uso e inclinaciones de un pueblo de ellas apasionado, con tanta rapidez van desapareciendo, que muy pronto tendremos que acudir para recordarlas a los libros curiosos que algún anticuario haya conservado en el rincón de su biblioteca”.

Sin embargo, casi a renglón seguido, describe una fiesta —la de San Isidro— que no sólo no ha perdido las tradiciones antañonas sino que ha ido incorporando las novedades con la misma naturalidad que la vida incorpora nuevas existencias al censo de población.

“Con un cielo diáfano y un sol espléndido y dorado como el de la India, empieza en la mañana del 15 de mayo el movimiento de coches, calesas, ómnibus y toda clase, en fin, de vehículos que, situados en largas filas desde la cuesta de la Vega hasta la Puerta del Sol, se disponen a transportar a la concurrencia hasta la pradera del Santo. A manera que el día avanza la barahunda crece, el calor aprieta, los cocheros gritan más fuerte y el tumulto, el rodar de los coches, las voces de los vendedores y el afán de llegar lo antes posible a la fiesta hacen de aquella parte de Madrid una nueva Babel, en donde todos hablan y ninguno se entiende”.

De nuevo el ruido inusitado como protagonista:

“El ruido crece, se eleva, se extiende; ya no es rumor ni vocarío, es delirio, locura, algarabía infernal, ensordecedora, embriaguez, orgía, bacanal completa. Los organillos ambulantes, la charanga de los bailes, las guitarras de los ciegos, los diez o doce mil silbatos que lanzan al aire sus agudísimas notas; las voces diversas y desentonadas de los músicos de taberna al lado de las frescas y argentinas de las muchachas que cantan los aires populares; los perros que ladran, los chicos que lloran, los borrachos que disputan; los vendedores de agua, de barquillos, de torrados, de naranjas, de frutas, de juguetes, de rosquillas y de silbatos, que anuncian todos a la vez sus mercancías; el tan—tan a la puerta de los panoramas, neoramas, figuras de cera, niños con dos cabezas, linternas mágicas, mujeres que pesan cien arrobas, elefantes que hablan, cetáceos que escriben en castellano y otras mil maravillas más, anunciadas con tambores y trompetas más ruidosas que, de seguro, han de serlo las del juicio final y que si no hacen resucitar a los muertos pueden muy bien hacer morir a los vivos; y sobre todo esto las campanas de la ermita echadas a vuelo con tal furor capaz de ensordecer a la imagen de piedra que corona la entrada... He aquí queridos lectores, lo que es hoy la romería de San Isidro, patrón de la muy noble y muy heroica villa del oso y del madroño. Para hacerla más ruidosa, más pintoresca, más gráfica, se han adunado las costumbres antiguas y las modernas”.

Ese adunamiento, sin embargo, no se produce de hoy para mañana; la resistencia ofrecida por una base social de extracción rural a las novedades aburguesadas que llegaban de París y Londres habría de mostrarse a lo largo de varias generaciones. ¿Cómo explicar si no la renuencia a aceptar el sistema métrico, tan universal y tan exacto, en sustitución de un cúmulo de medidas locales? ¿Cómo justificar costumbres del tipo de las encerradas o del “agua va”, que hacían sonrojar a

los gacetilleros con sólo mencionar su pervivencia? La vida en la ciudad era un odre nuevo que se rellenaba con vino añejo... La religión –y especialmente sus ministros– tenía mucha influencia en las costumbres. Todo lo novedoso, especialmente si venía impreso y contribuía a la reflexión o al pensamiento, era rechazado excepto lo que destilaba esencias “tradicionales”. Luis Coloma, dirigiéndose a los suscriptores de *El Mensajero del Corazón de Jesús*, escribía en 1884:

“No por eso es nuestro intento introducir a los suscriptores de El Mensajero por el peligroso campo de la novela, perjudicial, a nuestro juicio, en todas sus manifestaciones. Lo es, sin disputa alguna, y en un grado apenas concebible, la novela cínicamente inmoral, descarada propaganda de doctrinas disolventes, envuelta, unas veces en obras maestras de genios lastimosamente perdidos, contenida, otras, en partos monstruosos de ingenios vulgares, e instrumento siempre mortífero de que se sirven la maldad de las sectas y aun los cálculos de la política, con harta más frecuencia de lo que muchos sospechan”.

No extrañaré, por tanto, que si el Padre Coloma repudiaba las novelas, escritores menos comprometidos con la religión, aunque bastante sin embargo con la moralidad y las costumbres, sólo viesen inconvenientes en la literatura de cordel, que era la biblioteca popular de la inmensa mayoría. Antonio Trueba, seducido en los primeros años de su vida por los romances de ciego fue en su madurez comprador y después lector arrepentido de lo que él consideró finalmente una auténtica basura; su reacción ante tanto papel acumulado durante años es, por lo menos, atrabiliaria:

“Así que me repuse un poco de mi desencanto, llamé al gallego, le hice cargar con los veinte mil romances de ciego, y me encaminé tras él a la era del Mico, y allí pegué fuego a aquel infame y estúpido centón de groserías morales y artísticas, no sin haber tenido que andar antes a pescozones con el gallego y la gente del barrio que querían salvar de las llamas lo que yo había condenado a ellas, porque lo creían el prototipo de la belleza artística y moral”.

La reacción y el juicio de Trueba, repito, son exagerados, aunque reflejan en el fondo, muchas veces lo he dicho, una cierta envidia del escritor de costumbres hacia el ciego coplero, asociacionista y liberal, y comunicador afortunado; de hecho muchos ciegos formaron sociedades que casi tenían un carácter gremial y protegían a sus asociados, como nos recuerda Domingo Faustino Sarmiento en sus *Contrastes madrileños*:

“Los ciegos en España forman clase social con fueros y ocupación peculiar. El ciego no anda solo, sino que aunados varios en una asociación industrial y artística a la vez forman una ópera ambulante que canta y acompaña con guitarra y bandurria las letrillas que ellos mismos componen o que les proveen poetas de

ciegos, último escalón de la jerarquía poética de la España... El paisano español posee además todas las cualidades necesarias para ejercitar con éxito la profesión de mendigo. Un aire grave, una memoria recargada de oraciones piadosas y de versos populares y un vestido remendado”.

También en alguna ocasión he hecho referencia al carácter valiente y decidido de algunos ciegos, quienes, pese a su disminución física, llegaban a jugarse el tipo por un ideal, preocupados por el desarrollo y evolución de la sociedad en que vivían. Convertidos en portavoces eficaces de proclamas políticas, escribían relaciones como ésta, cantada por los copleros en muchas calles españolas inmediatamente después de que José Bonaparte anunciara al país, mediante fijación de pasquines, sus pretensiones al trono:

“En la plaza hay un cartel
que nos dice en castellano
que José, rey italiano,
roba a España su dosel.
Y al leer ese cartel,
Manolo, por ahí debajo
que me cago en esa ley
porque acá queremos rey
que sepa decir carajo”.

Esta afición a satirizar, esta inclinación de los poetas populares a opinar sobre lo divino y lo humano, hizo surgir a lo largo de la historia del pliego suelto —que es la de la imprenta— no pocas voces, en ocasiones autorizadas y las más de las veces autoritarias, como la de la censura, siempre ejercitada desde la ciudad y desde el poder.

Uno no se explica, por ejemplo, por qué se incluye en un Apéndice del *Índice Inquisitorial* de 1817 el pliego titulado “Chistoso pasaje que ha acontecido este presente año en Jerez de la Frontera, sucedido entre un molinero y un corregidor”. Se alega estar comprendido en la regla séptima del Índice expurgatorio, pero por esa misma razón también podría haberse retirado de la circulación el romance de Pedro Marín ya conocido en el siglo XVIII que dio origen a éste que comentamos. Más probable parece que sentaran mal estas coplas porque se burlaban veladamente de las relaciones entre el corregidor de la capital de España y Antonia Molino, famosísima intérprete de baile español, como bien acierta a suponer Emilio Cotarelo y Mori en su *Historia de la Zarzuela*:

“Por entonces (habla de los años 1809 a 1813) fueron muy sonados los amores de esta bailarina con el Corregidor de Madrid y los ciegos resucitaron y pregonaban por las calles las antiguas Coplas del Corregidor y la molinera”.

El mismo Pedro Antonio de Alarcón, sin pretenderlo, legitima que consideremos injustificada aquella prohibición cuando en el prólogo de *El sombrero de tres picos* pone en boca del pastor que le cantó el romance las siguientes palabras:

“¿Qué se saca en claro de la historia del Corregidor y la molinera, que los casados duermen juntos y que a ningún marido le acomoda que otro duerma con su mujer? Me parece que la noticia...”.

Por otro lado –y siguiendo siempre con el siglo XIX– se produce también, según apuntamos anteriormente, una censura del “profesional de la información”. A partir de 1850 se levantan protestas entre periódicos “serios y juiciosos” por la poca fiabilidad de las noticias divulgadas por los ciegos en los papeles impresos que se vendían en las calles y mercados. Hay un exceso de proteccionismo en los gacetilleros y periodistas hacia el público, al que se pretende defender de patrañas y exageraciones “poco acordes con los tiempos que corren”. Se lamentan los concienzudos cronistas de que los ciegos cantan coplas contra el Papa (aunque no dicen que es porque se ha metido en terrenos políticos), contra el Rey (cuando éste es Amadeo, un monarca extranjero), o contra la propia Constitución (cuando ésta no refleja el sentir y los deseos de libertad de una sociedad en proceso de mutación). Pero lejos del apasionamiento transitorio de esas opiniones, uno cree adivinar en la actitud decidida de esos ciegos cantores un prototipo radicalmente contrario al que se nos ha descrito en algunos libros sobre la literatura de cordel, si bien esa gallardía, como ya hemos visto, pudiera estar amparada por hermandades u organizaciones. Cuando aparecieron en las calles de las ciudades los organillos o pianos mecánicos, por ejemplo, los sesudos periodistas de la época se hacían cruces al observar que quienes se encargaban de dar vueltas a la manivela no estuviesen comprendidos en la ley de vagos,

“porque no vemos que el simple manejo de un manubrio sea un oficio u ocupación que requieran aprendizaje, talento, habilidad o cosa parecida. Lo consentiríamos en un ciego o en los pobres impedidos como un medio decoroso de mendigar, pero a un bigardo de robustos miembros y salud potente no le toleraríamos que buscara una manera tan sencilla, fácil y cómoda de evadirse del trabajo y de vivir holgadamente a costa de aquellos cuyos oídos estropea”.

Esta reprobación contra las “estruendosas” formas de comunicación ochocentistas se vuelve incluso contra los propios invidentes y su actividad, llegando a constituir un *leit motiv* o una buena excusa para atacar otros puntos cuya censura resultaría más enojosa o más comprometida:

“Anteayer tarde recorrían las calles los ciegos... atronando los oídos del público y llenando el corazón de todos del horror más espantoso a los gritos de ‘El papelito nuevo, de los hombres vivos a quienes se les han arrancado las orejas y

los ojos' y francamente lamentamos sobremanera que haya personas que se atrevan a inventar calumnias con el fin de exacerbar los ánimos”.

¿Sería don Agustín Durán –como apunta Caro Baroja– quien pondría en cuarentena todo este material y prevendría a los especialistas posteriores contra su utilización y estudio, por razones estéticas y morales? Parece evidente que, si bien las palabras del autor del *Romancero General* son concluyentes, no son las únicas ni mucho menos las más duras:

“Todas o casi todas estas composiciones consideradas como poesía, son detestables; pero ofrecen mucho interés porque conservan los vestigios de una civilización degradada y forman el contraste más notable entre el carácter y costumbres del antiguo pueblo ignorante con el del nuevo vulgo humillado y envilecido; de la barbarie que camina a la cultura, con la civilización que desciende a la barbarie”.

Estas consideraciones tan negativas parecen más de un poeta romántico y depresivo que de un científico reflexivo, pero la época y las circunstancias lo exigían.

LA MUERTE

Decía Mesonero que “la tristeza tiene su voluptuosidad”, algo así como una sensación mórbida que, en efecto, se acrecienta durante el romanticismo. Ya desde el siglo XVIII la política de los ilustrados había abogado por sacar los cementerios fuera de las iglesias o de las “hueseras” aledañas y crear espacios donde la muerte fuese más civil. El siglo XIX completa esa tendencia sustituyendo las andas tradicionales en las que se transportaban los cuerpos difuntos a su última morada, por sofisticadas carrozas sobre las que, según la categoría, clase social y medios económicos del muerto, se acarreaban sus restos al campo santo. Desaparecían así los traslados desasosegantes en que la sábana que cubría el cadáver se movía hasta dejar el rostro al aire –ahora todo el mundo usaba féretro de madera– o aquellos otros en que las plañideras desgarraban el aire y los corazones con sus gritos y gemidos. De ese modo, y con una asepsia deseada, los traslados al cementerio se realizaban en forma de procesión cívica que, una vez cumplido su objetivo, se despedía siguiendo una etiqueta cuidadosamente planeada. La muerte dominada; o, al menos, sus consecuencias más inmediatas. Las ciudades trataban de obviar así la ceremonia en que el recuerdo de lo inexorable nos podía situar ante una reflexión incómoda. Del mismo modo, y ya que las cofradías –y especialmente la de Ánimas– estaban en absoluta decadencia, se establecía un día (precisamente el reservado por la Iglesia para recordar a los allegados desaparecidos) para visitar las tumbas, visita que, como escribe “El Curioso Parlante”, tenía más de paseo intrascendente que de recuerdo sincero:

“...Por lo que hace a las gentes, esto no lo ven sino una vez al año, y es en el primer día de noviembre; pero entonces, como dice el señor cura, valía más que no lo vieran, pues la mayor parte vienen más por paseo que por devoción, y más preparados a los banquetes y algazara de aquel día que a implorar al cielo por el alma de los suyos”.

El XIX es, pues, el siglo clave en que la ciudad inicia una aculturación acelerada en cuyo proceso la tradición estorba; una actividad dinámica y fagocitaria en la que la última moda se superpone a la anterior por decreto sin que exista la más mínima posibilidad de oposición. Y todo ello sobre un sustrato genético e identificador difícil de eliminar por completo. Larra, que analizó y soportó todo ello hasta donde le fue posible, describía esa situación movediza con el acierto y oportunidad que jalonó toda su obra:

“La España está hace algunos años en un momento de transición; influida ya por el ejemplo extranjero, que ha rechazado por largo tiempo, empieza a admitir en toda su organización social notables variaciones; pero ni ha dejado de ser enteramente la España de Moratín, ni es todavía la España inglesa y francesa que la fuerza de las cosas tiende a formar. El escritor de costumbres estaba, pues, en el caso de un pintor que tiene que retratar a un niño cuyas facciones continúan variando después que el pincel ha dejado de seguirlas: desventaja grande para la duración de la obra...”.

BIBLIOGRAFÍA:

- COLOMA Luis. *Cuadros de costumbres populares*. Bilbao: El Mensajero del Corazón de Jesús, 1884.
- DURÁN Agustín. *Romancero General*. Madrid: Biblioteca de Autores Españoles.
- FLORES Antonio. *La sociedad de 1850*. Madrid: Alianza, 1968.
- LARRA Mariano José de. *Artículos*. Barcelona: Editorial Noguer, 1975.
- MESONERO ROMANOS Ramón de. *Escenas matritenses*. Madrid: Casa y Librería de Gaspar y Roig, 1851.
- TARTILÁN Sofía. *Costumbres populares*. Madrid: Minuesa, 1881.
- TRUEBA Antonio. *De Flor en Flor*. Madrid.